

# Recuperación económica: optimistas contra pesimistas

Klaus F. Zimmermann

Un ingrediente clave en el debate sobre los caminos que conducen a la recuperación económica global es la controversia entre optimismo y pesimismo. Esa polémica se desarrolla vigorosamente alrededor del globo, incluyendo a México.

Pero, ¿qué hay de los sentimientos de dos de sus principales socios comerciales: Estados Unidos y Europa? Con el advenimiento de la administración Obama, Europa y Estados Unidos, de muchas maneras, se han acercado en términos de los conceptos económicos y sociales adoptados a cada lado del Atlántico.

Esto se debe, principalmente, a tres factores: Primero, una tendencia general europea en las últimas dos décadas para emular más el enfoque basado en el mercado de Estados Unidos. Segundo, la preferencia estratégica de la administración Obama por fortalecer los derechos del consumidor, mientras se vuelve más estricta con las corporaciones.

Y, tercero, las consecuencias de la severa recesión actual, que está forzando a los legisladores estadounidenses a optar por un gasto estatal considerablemente más grande de lo acostumbrado, bien sea en apoyo a la débil red de seguridad social o para proveer ayuda financiera a compañías e industrias que andan renqueando.

Si se dejan de lado estas similitudes crecientes, una diferencia básica sigue tan pronunciada como siempre: En caso de duda, los estadounidenses, por mucho, toman una actitud optimista respecto a los retos futuros, mientras que nosotros, los europeos, por lo general tendemos a tomar una perspectiva más pesimista.

Esta diferencia básica en las actitudes es de mucha importancia para toda la economía global, debido a sus significativos efectos económicos. Con un desempleo en el punto más alto en 25 años, los

redactores de titulares de los periódicos estadounidenses y los comentaristas de los mercados buscan febrilmente señales de un cambio completo. Larry Summers, director del Consejo Económico Nacional y máximo estratega económico de Estados Unidos, parece que tiene un talento natural para producir un suministro constante de nuevas analogías inspiradoras para alentar los niveles de confianza de los estadounidenses y colocar al país en posición para un giro económico total.

Mientras tanto, el lado europeo siente que está metido en una trampa. Después de creer inicialmente que el continente escaparía a esta crisis financiera “hecha en Estados Unidos” —un excepcional momento de optimismo europeo, por así decirlo—, nuestras economías fueron violentamente atrapadas en la caída. Y por eso ahora nos critican ampliamente por haber fallado en reconocer la profundidad de la recesión y, por lo tanto, estamos tratando de ponernos a la altura en todo: desde el tamaño de los paquetes de estímulo hasta las reducciones en las tasas de interés.

¿Por qué importan estas diferencias en sentimientos económicos y mecanismos de respuesta en una sociedad entera? En última instancia, todo tiene que ver con los mercados de los bonos. En los dos lados del Atlántico, una preocupación principal es asegurar el financiamiento de las que están destinadas a ser muy grandes subastas de bonos para atender las consecuencias de la severa recesión.

Hay nerviosismo creciente entre los funcionarios de los ministerios de Hacienda en todas las naciones importantes como resultado de la preocupación de los inversionistas por el tamaño de esas subastas, las perspectivas de crecimiento económico futuro y las tasas de interés relativamente bajas que se ofrecen actualmente para obligaciones a largo plazo.

Dadas las muy optimistas suposiciones para el

2010 —y a la luz de las elecciones de medio periodo del año próximo—, la administración Obama tiene un agudo interés en voltear el sentimiento hacia una percepción más positiva de la economía, pero siempre cuidándose de no parecer demasiado optimista.

Después de lo acontecido en años recientes, en verdad está dolorosamente consciente del peligro de que el optimismo abundante pueda resultar muy lesivo para el desempeño económico de la nación. Con el beneficio de mirar retrospectivamente, pocas personas dudan ahora que el camino que condujo a la crisis económica actual fue acribillado por sectores clave que se volvieron ciegamente optimistas.

Basta con tomar la suposición de que los vehículos utilitarios deportivos (SUV, por las siglas en inglés) sostendrían la industria automotriz estadounidense para siempre, o que dar hipotecas sobre casas a personas que no tienen los medios financieros para pagarlas apoyaría a la industria estadounidense de la vivienda en forma sostenible.

En ese frente nosotros, los europeos, usualmente hacemos una mejor labor. Dada nuestra propensión general a dudar, es muy difícil para nosotros ser más cautelosamente optimistas.

Mirando hacia adelante, una pregunta clave en la economía global es si los estadounidenses preservarán su acostumbrado sentido de optimismo. Vista desde la perspectiva de la familia, las dudas parecen fundamentadas. Los estadounidenses están endeudados en demasía, los ingresos se han estancado, la infraestructura es sorprendentemente débil, dado el nivel general de riqueza del país, para nombrar sólo unos pocos ejemplos.

Además, el ascenso de China, la India, Brasil y otras naciones grandes se ve de manera creciente como impedimento para el potencial de Estados Unidos para crecer en lo económico, debido a que

la dinámica del crecimiento está cambiando hacia otros continentes.

Por otra parte, pese a todas sus anomalías —y los pronunciados costos que se asocian con la actual crisis financiera—, hasta los más grandes de los déficits presupuestarios presentes, y que permanecerán por años, tienen que verse con la perspectiva apropiada. Muchas de las reformas que ahora están en marcha en Estados Unidos (tales como las del sector de asistencia médica, la industria financiera, el sector de infraestructura, etcétera) están destinadas a elevar la eficiencia de la economía estadounidense a mediano y largo plazo.

Los inversionistas internacionales están observando un país donde un proceso político estancado había pospuesto por mucho tiempo las reformas locales significativas. Aún más, la experiencia europea indica que los niveles de beneficio inteligentemente estructurados pueden en verdad mejorar el nivel de productividad de una sociedad.

Si la gente, por ejemplo, no tiene que preocuparse en grado alto respecto a si tiene suficiente seguro médico, los trabajadores son más productivos. De igual forma, una infraestructura de transporte más diversificada, incluyendo trenes de alta velocidad, mejora la calidad de vida... y la productividad de la nación.

Es por todo eso que, no obstante el pesimismo actual, quienes definen las políticas en EU parecen bastante justificados en centrarse en fortalecer las hasta cierto grado destrozadas raíces del optimismo estadounidense. Y eso es algo que tiene importancia mucho más allá de las fronteras de Estados Unidos.

En el análisis final, este optimismo —si se aplica de manera adecuada y realista— puede resultar la más favorecedora y vital virtud estadounidense en el concierto de las naciones. Como llegaríamos a percibir sólo por su ausencia, es un bien público global del más alto nivel.

*Presidente del DIW (Instituto Alemán para la Investigación Económica), Berlín*

**EL OPTIMISMO**  
ADECUADAMENTE  
APLICADO ES UN  
BIEN PÚBLICO  
GLOBAL DEL  
MÁS ALTO NIVEL.